

Para citar este artículo: Font, S. (2021). Trabajo Social y Educación Popular: aportes a la dimensión socioeducativa profesional con sujetos colectivos. *Fronteras* 17 (2): 36-47.

Trabajo Social y Educación Popular: aportes a la dimensión socioeducativa profesional con sujetos colectivos

Social Work and Popular Education: contributions to the professional socio-educational dimension with collective subjects

Sofía Font¹

<https://orcid.org/0000-0001-8863-2018>

Resumen

El presente artículo se interesa en problematizar la forma de ejercicio del Trabajo Social, con particular atención a la dimensión socioeducativa de la profesión, teniendo en cuenta los aportes de la Educación Popular. Se entiende que desde el Trabajo Social se pueden generar valiosos aportes no solo para la intervención directa en la construcción de alternativas emancipatorias, sino también para el estudio y el análisis a nivel investigativo, desde una perspectiva social, como paso anterior a la atención de las problemáticas que se presenten. Se parte de la base de que en el actual contexto de despolitización y caída de la idea de comunidad —en detrimento de la idea de redes— es vital que, desde las Ciencias Sociales, y concretamente desde el Trabajo Social, como profesión que está en contacto directo con los sujetos y los territorios, despleguemos esfuerzos en aras de comprender las experiencias socioeducativas. Y, sumado a lo anterior, desde una ética transformadora, busquemos formas que no reproduzcan las lógicas de individuación que predominan en las sociedades actuales.

Palabras clave: trabajo social, dimensión socioeducativa, educación popular.

Abstract

This article is interested in analyzing the form of exercise of Social Work, with particular attention to the socio-educational dimension of the profession, considering the contributions of Popular Education. It is understood that from Social Work valuable contributions can be generated not only for direct intervention in the construction of emancipatory alternatives, but also for study and analysis at the investigative level, from a social perspective, as a previous step to addressing problems that come forward. It is based on the belief that in the current context of depoliticization and the decline of the idea of community —to the detriment of the idea of networks— it is vital that from the Social Sciences, and specifically from Social Work, as a profession that is in direct contact with the subjects and the territories, efforts are made to understand the socio-educational experiences. And, added to the above, from a transforming ethic, look for ways that do not reproduce the logics of individuation that predominate in current societies.

Keywords: Social Work, Educational dimension, Popular Education.

¹ Licenciada en Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República. Correo electrónico: sofia-font95@gmail.com.

Introducción

El abordaje de los aspectos destacados en esta producción escrita es acorde a un proyecto comprometido éticamente con el proyecto societario de las clases subalternas, con proyectos históricos alternativos y utópicos que se direccionen a transformar las relaciones de dominación y explotación prevalecientes en la sociedad moderna.

Para introducir la reflexión se presentarán brevemente elementos contextuales de la realidad, en el entendido que aportan a una mejor comprensión de las condiciones dentro de las cuales se enmarca el tema de análisis. En líneas generales, se asume que la complejización de las estructuras y las formas de dominación del capital repercuten en las condiciones de vida de las clases subalternas, a partir de factores económicos, políticos, sociales y culturales con efectos en las subjetividades.

A continuación, será abordado el significado social del Trabajo Social en la sociedad capitalista, luego se introducirán ideas principales en torno a la Educación Popular.

Para finalizar, se buscará aportar a pensar la retroalimentación posible entre ambas.

Para pensar el contexto, la premisa principal es que, desde mediados de la década del setenta, se asiste a una reestructuración del capitalismo con innegables consecuencias en todos los aspectos de la vida en sociedad que, si bien suceden a escala global, tienen fuertes repercusiones en Uruguay y América Latina. Es pertinente esbozar que el Trabajo Social, en tanto profesión inscrita en los procesos de reproducción social, no escapa a esta lógica.

Falero (2019) propone que:

la expansión de relaciones sociales mercantiles ha expandido una visión instrumental de la vida y todo el tiempo consciente tiende a ser subsumido en la dinámica del capital. La disputa por las subjetividades colectivas se vuelve entonces un asunto más importante que en décadas pasadas (p. 11).

Ziccardi (2001) reflexiona sobre la profundización de la cuestión social en América Latina, como consecuencia de transformaciones en di-

versas áreas. Entre ellas, destaca la globalización de la economía, la reforma del Estado de bienestar y con esta la reestructuración de las políticas sociales, lo cual deviene en nuevas formas de relación entre lo público y lo privado, disminuyendo así la acción estatal. La autora plantea que se asiste asimismo a la postergación de las demandas de las clases subalternas, como resultado del cambio en las formas de gobierno en las ciudades, y que ello modifica la relación entre gobierno y ciudadanía. En ese sentido, la autora postula que el gran desafío de los tiempos que corren es «crear nuevas formas de participación ciudadana que garanticen la inclusión de los intereses de la sociedad en los procesos decisorios de las instituciones gubernamentales» (Ziccardi, 2001, p. 88).

Lejos de alentar una visión pesimista frente al contexto regional, resulta valioso retomar a Zibechi (2019), referente en el trabajo con movimientos sociales, quien sostiene que:

Pensar que lo que estamos viviendo en la región sudamericana significa una regresión suena a echar por tierra todo el ciclo de luchas que consiguió nada menos que deslegitimar el neoliberalismo, poner en fuga a las clases políticas conservadoras y abrir espacios para otros modos de gobernar (p. 124).

A través de esas palabras, se hace más visible y necesaria la apuesta a profundizar las prácticas emancipatorias.

En ese sentido, el objetivo de este artículo radica en aportar herramientas teóricas para pensar la práctica del Trabajo Social, las formas de ejercicio profesional y el lugar desde el cual se piensan y realizan las distintas intervenciones. Con centro en la dimensión socioeducativa profesional, se propone considerar los aportes que la Educación Popular puede ofrecer al posicionamiento profesional y al diseño de la estrategia de intervención.

A la mencionada coyuntura se le suma la situación de emergencia sanitaria causada por el virus Covid-19. No debemos perder de vista que las estrategias desplegadas en aras de proteger a la población de esta pandemia han de tener fuertes

repercusiones, sobre todo en los sectores socioeconómicos más vulnerables².

1. Trabajo Social

Adentrándonos en el significado social del Trabajo Social en la sociedad capitalista, podemos afirmar que su actividad está vinculada al cotidiano como producción histórica, como expresión de un modo de vida determinado históricamente, donde se verifica la reproducción y sus bases y donde se gestan los fundamentos de una práctica innovadora. Respondiendo a necesidades de supervivencia de la clase trabajadora, reproduce intereses contrapuestos de capital y trabajo, que conviven en tensión; participa de mecanismos de dominación y da respuestas a necesidades de sobrevivencia de la clase trabajadora (Iamamoto, 2003, p. 132). De este modo, actúa en la producción y reproducción de la vida social incidiendo en la materialidad y la subjetividad de la clase-que-vive-del-trabajo³.

Barroco (2003) resalta que la profesión fue creada por el sistema capitalista, con intención de subsanar manifestaciones de la cuestión social, consecuencia directa de propiedad privada de los medios de producción. Según la autora, sería un error pasar por alto la naturaleza de la profesión como tal, ya que es esta misma contradicción entre capital y trabajo que establece tendencias estructurales (por ejemplo, la negación de proyectos emancipatorios) y coyunturales de la sociedad capitalista, creando límites y posibilidades de la ética profesional. Por lo anterior, resulta fundamental promover el ejercicio de la reflexión ética, ya que

hace posible la crítica a la moral dominante, puesto que permite desvelar sus significados sociohistóricos, habilitando la desmitificación del prejuicio, del individualismo y del egoísmo; propician-

do de esa forma la valorización y el ejercicio de la libertad (Barroco, 2003, p. 33).

El ejercicio profesional conlleva, inevitablemente, la elección de determinados valores ya sea aquellos que alientan el proyecto de los sectores dominantes reforzando su poder, o bien trabajar con los sectores populares en pos de su movilización y organización, promoviendo aprendizajes colectivos y su empoderamiento. Esta última postura, que es la adoptada a lo largo de esta producción, invita a no perder de vista en ningún momento la importancia de dichos sectores en la construcción y desarrollo de estrategias de un proyecto contrahegemónico, democratizando el poder y alterando en esos procesos las relaciones de clase preexistentes.

Asimismo, cobra relevancia el proyecto ético-político, que en tanto proyecto profesional «importa, redimensiona y se inserta a determinados valores, ideologías, proyectos, articulado con actores sociales que representan los valores, ideologías y proyectos profesionales hegemónicos» (Montaño, 2004, p. 7).

Los procesos de intervención del Trabajo Social involucran a sujetos que buscan comunicarse y son afectados en las relaciones de producción y reproducción social y exigen un atento estudio de las condiciones materiales y subjetivas de la existencia, comprendida esta como una existencia sentida y afectada por diferentes sentimientos (miedo, arrepentimiento, etc.). Bajo este rótulo, la profesión puede ser comprendida como tentativas de aproximación a realidades sociales concretas, que remiten a «problemas», interrogantes, conflictos, relaciones que se constituyen en posibles objetos de intervención.

Ahora bien, como postula Sarachu (2017), la profesión construye su trabajo a partir de una problematización de las necesidades humanas, los procesos de colectivización y las formas sociales de satisfacción. La intervención se concreta entre objetividades (instituciones y equipamientos sociales que habilitan los procesos de realización de las necesidades en una determinada sociedad) y subjetividades (en la estructuración y transformación de los procesos que buscan la

2 Ver: De Rosa, M., Lanzilotta, B., Perazzo, I. y Vigorito, A. (2020). Las políticas económicas y sociales frente a la expansión de la pandemia de COVID-19: aportes para el debate. *Aportes y análisis en tiempos de coronavirus*.

3 Ver: Antunes, R. (2000). La centralidad del trabajo hoy. *Papeles de población*, 6 (25): 83-96.

colectivización de las necesidades y las formas de satisfacerlas).

El profesional desde su autonomía posible desarrolla sus estrategias interventivas en procesos sociales que suponen el abordaje de problemas sociales, o sea, de manifestaciones concretas de necesidades sociales en determinados contextos de relaciones sociales que es preciso comprender (subjetividades). Las formas de atención a dichos problemas exigen la movilización de diferentes recursos para el diseño y ejecución de políticas, programas y proyectos que es preciso conocer en profundidad (objetividades). En la intervención, se ponen en juego las distintas dimensiones de la profesión; las que siguiendo a Claramunt (2009) se pueden distinguir en: dimensión investigativa, dimensión asistencial, dimensión socioeducativa y dimensión ético-política.

En lo que atañe al presente documento, se hará énfasis en la dimensión socioeducativa del Trabajo Social, sin ignorar su indiscutible relación con las otras dimensiones.

Al adentrarnos en la dimensión socioeducativa, debemos tener en cuenta que el Trabajo Social es una profesión que implica la constante construcción de procesos de comprensión de una realidad social que está en continuo movimiento y transformación (Mallardi, 2014). Según Casas, Machado, González (2011) nuestra especificidad se encuentra en la intervención en los obstáculos a los que se enfrentan los sujetos para su reproducción social, estando vinculada al proceso de satisfacción de necesidades. Si comprendemos que los sectores populares se agrupan a fin de resolver dichas necesidades, propias de la vida cotidiana, es importante no perder de vista la importancia de contribuir en la construcción de proyectos colectivos con identidad popular, en los que puedan generarse amplios procesos de participación y movilización.

En ese sentido, desde nuestro rol tenemos la posibilidad de trabajar en «el desarrollo de procesos pedagógicos capaces de desenvolver formas más lúcidas de comprender el mundo, formas más democráticas de relacionarnos, formas más adecuadas para el protagonismo de los sujetos»

(Di Matteo, Michi, Vila, 2012, p. 91). En definitiva, de aportar en los procesos de desarrollo de conciencia de clase, habilitando espacios de formación que permitan reflexionar sobre lo subyacente a las mencionadas necesidades. Una vez más se identifica aquí la dimensión ético-política, que permea los procesos pedagógicos a los que se alude.

Siguiendo a Núñez Hurtado (2004), el rol del agente profesional que actúa en el área del Trabajo Social debe ser un verdadero promotor de liberación y conducción de los grupos sociales mediante la generación de reflexión, análisis y síntesis para lograr los objetivos planteados, es decir, debe estar «comprometido con una opción de liberación popular, y no puede ser ajeno, aunque su origen sea externo al proceso de transformación y sus luchas. Debe ser pues, un verdadero intelectual orgánico, ese es su rol fundamental» (p. 26).

En esta línea, se entiende que nuestro papel como profesionales no implica decidir ni hacer por los sujetos, sino, por otra parte, «crear las condiciones para que los sectores con los que se trabaja puedan autodescubrir el mundo de ilusiones y apariencias que oculta las verdaderas contradicciones de la realidad [...] [estimulando] el protagonismo de los propios sectores populares» (Rebellato, 2009, p. 69).

Es así como entonces resulta imprescindible desplegar acciones socioeducativas que propendan a desarrollar el potencial político de los sujetos colectivos, bajo la concepción de que todo «[...] acto educativo tiene naturaleza política y [...] [todo] acto político tiene naturaleza educativa» (Freire en Rebellato, 2009, p. 129). Partiendo de este aporte, se entiende que la dimensión socioeducativa del Trabajo Social puede estar vinculada a una pedagogía emancipatoria, que, articulando ciertas estrategias de intervención profesional, procure

contribuir para o fortalecimento de processos emancipatórios, nos quais há a formação de uma consciência crítica dos sujeitos frente à apreensão e a vivência da realidade, sendo ela, também facilitadora de processos democráticos, garantidores

de Direitos e de relações horizontais entre profissionais e usuários, ao mesmo tempo que projeta a sua emancipação e a transformação social (Lima 2006, p. 137).

Finalmente, el descubrimiento de estos aspectos, lejos de desalentar las posibilidades de la intervención profesional, nos convocan a adoptar una permanente postura crítica de las posibilidades de transformación de la realidad.

Ahora bien, cabe también abordar la dimensión ético-política, en tanto la ética profesional es histórica e intencional, implica definir desde qué lugar el profesional estudia y comprende la realidad, lo cual es fundamental a la hora de posicionarse como profesional. La misma supone elecciones personales con una opción determinada, y como tal trae aparejado un análisis a priori de la acción profesional. A su vez, la forma en que se definen los problemas tampoco es neutral, por lo que se hace necesario para cada profesional un proceso de reflexión constante sobre los hechos, su comprensión, su explicación y posterior abordaje. De dicho proceso se pueden desprender distintos sentidos de la intervención, y por lo tanto no es posible referirse a un único camino del Trabajo Social. En otras palabras, el Trabajo Social no es uniforme, sino que existen múltiples concepciones sobre su significación (Aquín, 2005).

Para Rebellato (1989),

la práctica ética [refiere al] conjunto de valores y normas, que orientan a los hombres hacia la realización de un proyecto personal y colectivo, donde está en juego el significado mismo de sus existencias (p. 31).

La intervención profesional puede tomar diversos caminos, lo cual evidencia que esta puede resultar un campo controversial y problemático. Siguiendo a Gianna (2011), se identifican dos niveles para esta dimensión.

El primer nivel está vinculado al proyecto ético-político profesional, es decir, los valores éticos de la profesión definidos de manera colectiva, así como a «las competencias teóricas y prácticas, y la mediación con los proyectos sociales de clase actualmente en pugna» (Gianna, 2011, p. 64).

En el siguiente apartado de este capítulo se ahondará más al respecto.

El segundo nivel se identifica en la acción profesional individual. En ese sentido es que cobra importancia que el profesional tenga noción de las implicancias de su actividad. Esta producción escrita se posiciona desde la ética de la liberación (Rebellato)⁴, que supone la ruptura y la transformación de todas las formas de dominación y explotación, en oposición a la alienación. Dicha ética se refiere a una nueva identidad, una nueva cultura, una nueva conciencia que nace del trabajo con los sujetos, y que ha de producir un nuevo saber para la construcción de un mundo donde los intereses de los sectores populares sean protagonistas. Esto implica abandonar modelos que los profesionales hemos aprendido en el proceso de formación, e incluso enfrentar posturas institucionales hegemónicas.

De lo anterior se desprende que si hay una actitud que se vuelve fundamental a toda hora, es la de interrogar de manera crítica los espacios que se otorgan al profesional para su ejercicio, es decir, cuestionar lo dado y elaborar análisis y argumentos que permitan —al menos considerar— otra forma de pensar la realidad. Esta actitud no se agota, sino que ha de ser activa y constantemente creativa, y traza un horizonte ético que es innegablemente constitutivo del ejercicio profesional (Aquín, 2005).

1.1. Proyecto ético-político

Antes de continuar avanzando en la temática del artículo, es importante hacer referencia al proyecto ético-político de la profesión. Este es una parte constitutiva del Trabajo Social, una parte esencial de la profesión y la intervención. En tanto que tal, constituye un debate muy reciente, que, si bien se gesta entre los años 70 y 80 con el proceso de reconceptualización, surge postdictadura desde los años 90, motivado por la crítica al conservadurismo y la lucha por la democracia, en contraposición a la ofensiva neoliberal.

⁴ Ver: Rebellato, J. L. (2000). *Ética de la liberación*. Nordan Ediciones.

El proyecto profesional es un proyecto colectivo que difiere de los proyectos societarios en la medida que no representa una propuesta para el conjunto de la sociedad. Su elaboración constituye un campo de tensión entre las diferentes concepciones sobre lo que implica la profesión, y sobre las diferentes opciones políticas adoptadas frente a las visiones hegemónicas de sociedad.

Teniendo en cuenta el pluralismo que existe dentro de la profesión, las diferencias que se dan en el colectivo no pueden ser resueltas tan solo por la categoría profesional. Por ello, el proyecto societario al que se adhiere es el que determina los caminos a transitar por medio del respeto a una serie de imperativos que trascienden las divergencias (Netto, 2003).

El componente ético ha de estar presente en toda intervención profesional, y es por ello que en el proyecto de la profesión se disputa la legitimidad de los usuarios de los servicios ofrecidos y vinculados al Trabajo Social. De ahí el hecho de que el trabajo práctico «requiere de un profesional informado, culto, crítico y competente [...] capaz de descifrar la génesis de los procesos sociales» (Iamamoto, 2003, p. 79-80).

Entendido en términos procesuales, este proyecto incluye en su estructura básica «el reconocimiento de la libertad como valor central; [...] un compromiso con la autonomía, emancipación y plena expansión de los individuos sociales» (Netto, 2003, p. 289). Asimismo, «propone la construcción de un nuevo orden social sin dominación y/o explotación de clase, etnia y género» (Netto, 2003, p. 289), bregando por la equidad y la justicia social con perspectiva de universalización del acceso a bienes y servicios de programas y políticas sociales.

A lo anterior se suma el compromiso con la ampliación y consolidación de la ciudadanía de la clase trabajadora, luchando por el reconocimiento de sus derechos sociales, políticos y civiles, en clave de socialización de la participación política. «Lo que se busca es construir una cultura pública democrática, en la que la sociedad tenga un papel cuestionador, propositivo, por medio del

cual se pueda compartir poder y dividir responsabilidades» (Iamamoto, 2003, p. 78).

Como lo expresa el Código de ética del Trabajo Social y/o Servicio Social en el Uruguay, ha de ser tarea profesional «Retomar y promover la autonomía de los movimientos populares y organizaciones de la clase trabajadora, estimulando espacios de encuentro y articulación, basados en los principios de este Código» (ADASU, 2001). En este sentido, la gran potencialidad está en las organizaciones populares, valiosa herramienta para la construcción colectiva.

Educación popular

Luego de haber expuesto cuestiones en torno al Trabajo Social, resulta imprescindible detenerse a puntualizar algunas nociones en torno a la Educación Popular. Si bien el principal expositor de la temática es Paulo Freire, pedagogo brasileño, cuyos aportes constituyen las bases metodológicas fundamentales de la Educación Popular, el desarrollo teórico en torno a esta temática nace fundamentalmente del cúmulo de sistematizaciones de distintas experiencias a lo largo de la historia. Por ello para este punto se tomarán en cuenta las propuestas de diversos autores.

En primer lugar, cabe aclarar que esta producción adhiere a la postura que considera la Educación Popular no como algo estático y establecido, sino como una categoría en constante construcción y disputa, que «es inevitablemente política en tanto designa una actividad social como la educación, que se asume como política y que, además, es completada con un calificativo inherentemente político» (Di Matteo et al., 2012, p. 85).

Asimismo, no se trata aquí de buscar una definición concreta, porque se entiende que no la hay, sino que se pretende abrir las puertas a concebirla en tanto «praxis que implica una concepción del mundo, un conjunto de valores y una opción por los oprimidos» (Ubilla, 1996, p. 13).

Mediante la Educación Popular se apuesta a generar un proceso educativo transformador, que desestructure el modelo educativo hegemónico para producir conocimiento desde el saber po-

pular en articulación con el saber académico, fomentando, a su vez, participación popular en un sentido emancipador y transformador. Como propone Ubilla, «su norte está marcado por la disposición a luchar por la construcción de una nueva sociedad, diferente a la que ha legado el capitalismo» (1996, p. 14).

Según la propuesta de Rebellato, es posible decir que la Educación Popular es indisociable de una concepción «cultural y política», que implica una «opción por los sectores populares» (2009, p. 43).

Siguiendo a Bermúdez Peña, se afirma que la Educación Popular «en su expresión latinoamericana, se inscribe como un tipo de práctica que tiene una clara intencionalidad de transformación social y compromiso político» (2008, p. 31).

Por su parte, Freire se plantea el proceso de socialización y la cultura como formas de ejercicio del poder, y enfatiza que: «... es fundamental partir de la idea de que el hombre es un ser de relaciones y no solo de contactos, no solo está en el mundo sino con el mundo» (Freire, 1976, p. 28). En ese sentido, propone que la Educación Popular se interesa por habilitar procesos de reflexión colectiva que contribuyan a mejorar los niveles de comprensión de los sujetos sobre su propia realidad. De ese modo, se busca fomentar la construcción de sujetos populares como sujetos políticos, que encarnen una práctica transformadora en términos de expresión de lucha y resistencia a la lógica capitalista de organización fragmentaria de la sociedad. La Educación Popular busca resignificar al sujeto dotándolo de un rol protagónico en las decisiones, tal como sucede en procesos de construcción de poder local.

El proceso educativo entendido en estos términos intenta aportar herramientas que permitan la construcción de un ser colectivo, es decir, fomentar la reflexión colectiva para la transformación de toda forma de opresión. Desde esta concepción se entiende que lo anterior es posible si no se pierde de vista la perspectiva histórica de los procesos macrosociales que atraviesan y condicionan la realidad concreta de los sujetos a partir de una lógica de privilegiados y marginados.

Si nos acercamos a Gramsci, para quien lo educativo atraviesa la sociedad y va más allá de lo escolar, es posible reconocer otros espacios educativos donde organizar, difundir y promover la cultura de los sectores subalternos con un sentido político. En sus *Cuadernos de la cárcel*, si bien Gramsci no refiere a la Educación Popular propiamente dicha, sí problematiza la educación con sentido político, generando valiosos aportes a la pedagogía crítica. Según este filósofo, la relación educativa es siempre una relación política, y la educación tiene una función política. Siguiendo su línea de pensamiento, cabe mencionar una vez más la noción de *nueva cultura*, cuyo desarrollo tiende a transformar las relaciones de producción, y en este proceso se destaca el rol de los *intelectuales orgánicos* como agentes con estrecho vínculo y conocimiento de la cultura y las actividades de los oprimidos que, estableciendo una relación dialéctica con los sectores populares, trabajan para la construcción de un proyecto contrahegemónico.

En suma, se trata de entender que la autonomía de los sectores subalternos organizados se fortalece a través de un proceso pedagógico que es inherentemente político, y se nutre del intercambio colectivo y del diálogo de saberes. Podemos entender que dicho proceso se conjuga y se nutre con los fundamentos y valores de la Educación Popular.

Se entiende que esta se presenta como una orientación ideológica y metodológica por demás válida para los procesos interventivos del Trabajo Social. Buscando ser un proceso educativo transformador, que desestructure el modelo educativo hegemónico para producir conocimiento desde el saber popular en articulación con el saber académico, fomenta, a su vez, participación popular en un sentido emancipador y transformador.

En ese sentido, se alinea con la perspectiva histórico-crítica de la profesión, compuesta por las corrientes de pensamiento que, centradas en el poder popular, buscan generar un tipo de práctica tendiente al cambio social de las estructuras opresoras de los sectores más vulnerados de las sociedades latinoamericanas.

La relación de la Educación Popular con el Trabajo Social

Como se ha planteado en párrafos anteriores, una de las dimensiones de la profesión refiere a la participación en procesos socioeducativos, intervención que puede adoptar distintas orientaciones metodológicas. Luego de exponer elementos introductorios de la Educación Popular como concepción ideológica y metodológica —con diversos caminos— en el apartado anterior de este capítulo, cabe ahora adentrarnos a explorar la relación entre esta y el Trabajo Social.

Para ello, es ineludible mencionar que a partir de los años 60 se gestan en el continente corrientes de pensamiento que, centradas en el poder popular, buscan generar un tipo de práctica tendiente al cambio social de las estructuras opresoras de los sectores más vulnerados de las sociedades latinoamericanas. Se trata de vertientes que bregan por la autonomía y la autodeterminación de los pueblos, que surgen en (y por) un contexto político fuertemente adverso, que buscan fomentar la reflexión y la praxis de transformación social, y que constituyen el llamado movimiento de reconceptualización, un movimiento político-cultural muy heterogéneo que tuvo repercusiones a nivel global en lo que fue una inédita renovación profesional. Este proceso se propuso cuestionar las bases del Servicio Social.

Para comprenderlo mejor, es imprescindible tener en cuenta la influencia de la Revolución Cubana de 1959, el Mayo Francés de 1968 y la Guerra de Vietnam también iniciada en 1959, puesto que constituyeron demostraciones de posibilidades de cambio, cuestionaron la posibilidad de vivir de otra manera y propusieron proyectos alternativos al sistema capitalista imperante.

Expresado por Quiroga (1991), mediante esta renovación, se busca poner el énfasis en cuestionar la experiencia para comprender, a partir de ella, problemáticas generales. Apunta a pensar la sociedad y la práctica de la profesión en ella inserta, y es un proceso signado por la necesidad de superar la perspectiva voluntarista y la

práctica instrumentalizadora del Servicio Social tradicional.

Se trata de un nuevo compromiso del Trabajo Social con una ideología de cambio social, rompiendo de ese modo con el mito liberal de la neutralidad del Servicio Social (Acosta, 2016).

Ahora bien, a partir de lo anteriormente esbozado, se vuelve necesario considerar la efectividad con que la intervención del trabajador social habilita la puesta en práctica de las herramientas ofrecidas por la Educación Popular.

Para ello, interesa retomar a Rebellato (1989), quien postula que el ejercicio profesional con sujetos populares está cargado de contradicciones.

De una parte, se identifica un *choque cultural*, resultado de la distancia social existente entre el profesional —por su propia categoría de tal— y los sujetos con los que trabaja. Este choque, propone el autor, necesita de procesos reflexivos mediante los cuales se resuelva el conflicto que es primordialmente ético-cultural, y que se asocia a los orígenes sociales del profesional, su historia de vida y sus opciones elegidas. Se trata de una transformación personal, que implica una nueva forma de postularse frente a la realidad, y que no se logra sin espacios donde cada uno pueda pensar y re-pensarse solo y en colectivo. Asimismo, el propio ejercicio cotidiano ha de devolver al trabajador social elementos que no deben perderse de vista para trascender un rol asistencialista en pos de gestar una práctica social con perspectiva transformadora.

En ese sentido, Rebellato (1989) alude a la necesidad profesional de llevar a cabo una ruptura epistemológica, que supone un cambio o reorientación con la perspectiva desde la que se contempla un determinado proceso; y a su vez una ruptura analítica, que no es otra cosa que detenerse a analizar y reflexionar sobre las experiencias.

Si hablamos del lugar de la profesión en procesos articulados con una praxis transformadora, sería injusto pasar por alto algunas preocupaciones que aparecen en la relación Trabajo Social-Educación Popular. Numerosos trabajos abordan las

posibilidades del Trabajo Social⁵, aunque cabe decir que en la práctica estas tienen limitaciones y contradicciones propias de prácticas profesionales institucionalizadas. Es sabido que en procesos de organización popular son reducidos los espacios para el Trabajo Social en clave emancipatoria, siendo que la inserción prevalente se vincula a una lógica institucional. ¿Podemos afirmar que asistimos a una tendencia a la despolitización de la práctica?

La intervención profesional del Trabajo Social tiene un rol político que no es neutral, sino que está signado por determinados valores que pueden configurar un tipo de práctica de transformación. Se ha remarcado, asimismo, una perspectiva pedagógica de la práctica, cuyo centro es aportar al aprendizaje en términos colectivos y procesuales, y que puede nutrirse con aportes de la Educación Popular.

En esta línea, la Educación Popular parece ofrecer una perspectiva político-ideológica. Son de destacar los aportes metodológicos de la Educación Popular, si pensado desde el Trabajo Social se tienen en cuenta las técnicas y herramientas que ofrece para la práctica y para la lectura de la realidad de forma crítica. Al mismo tiempo, el saber instrumental de la Educación Popular pondera la participación y las construcciones colectivas en clave de liberación, valores intrínsecos de todo proceso de transformación.

Ahora bien, pensar el cambio desde la práctica profesional implica una reflexión teórica y una puesta en escena de estrategias fundamentadas. Esta afirmación se conjuga con la necesidad de recuperar la historicidad de las situaciones que se buscan modificar y el análisis crítico de las varias posibilidades en tensión.

5 Ver: Gianna, S. (2011). Vida cotidiana y Trabajo Social: límites y posibilidades en la construcción de estrategias de intervención profesional. *Revista Cátedra Paralela*, 8: 48-68 y Mallardi, M. (2014). La intervención en Trabajo Social: mediaciones entre las estrategias y elementos tácticos operativos en el ejercicio profesional. En: M. Mallardi (comp.), *Procesos de intervención en Trabajo Social: contribuciones al ejercicio profesional crítico*. Colegio de Trabajadores Sociales de la Provincia de Buenos Aires.

La Educación Popular puede arrojar luz, desde una visión de integralidad (tomado de Grupo de discusión), a las ciencias sociales en general en la (re)formulación de alternativas y al Trabajo Social en particular en la (re)definición de la importancia de su dimensión socioeducativa. En este aspecto, la pregunta como punto de partida, el reconocimiento del sentido común como barrera y el abandono de la visión tradicionalista de la profesión se consolidan como actitudes deseables de adoptar.

Se vuelve inminente el desafío de generar espacios académicos, de difusión y construcción de alternativas en clave de resistencia a las lógicas institucionales hegemónicas. También, fomentar modelos alternativos de prácticas profesionales que se valgan de herramientas de la pedagogía crítica, encarnar prácticas libertarias y alineadas con el protagonismo de los sectores populares, para ser funcional al proceso de desestructuración de la injusticia.

Se plantea, entonces, el desafío del trabajo en procesos legítimos emancipatorios desde las instituciones. Si ello es posible o no dependerá, en cierta medida, de la capacidad de crecimiento y la reflexión conjunta del colectivo profesional. Por lo pronto, fomentar espacios de reflexión y diálogo, espacios de debate y supervisión profesional, oportunidades de formación permanente para los profesionales se constituyen como elementos que podrían alentar una modalidad del Trabajo Social transformada y transformadora.

Consideraciones finales

Pensar el cambio social implica indisociablemente reconocer a los sectores que buscan la transformación, su capacidad y posibilidad de dirigir estrategias propias. No se trata solo de un proceso político, sino que también implica una dimensión pedagógica, social y cultural que acompañe desde la conciencia crítica nuevas formas de ser y hacer.

Se ha buscado a toda hora subrayar que la apuesta desde el Trabajo Social debe estar dirigida a desestructurar el modelo hegemónico, trabajando en términos de un proceso educativo no for-

mal, transformador, sin roles estereotipados, que produzca conocimiento poniendo en diálogo el saber popular y el saber académico. En esa línea, se subraya el compromiso a no ceder la humildad y la humanidad ante ninguna forma de imposición del saber.

La temática central en torno a la cual gira el trabajo desarrollado ha buscado incorporar el análisis de los principios fundamentales para la práctica profesional en clave emancipadora, pretendiendo alentar la investigación crítica de la cuestión de la dimensión socioeducativa del Trabajo Social.

Lo anterior conlleva, indisociablemente, la reflexión sobre la práctica socioeducativa progresista a favor de la autonomía de las personas. Esta reflexión no puede pasar por alto la historicidad de la profesión ni negar en sus orígenes y en la actualidad la existencia de una práctica técnico-instrumental y funcional a un modelo basado en desigualdades de corte estructural. En ese sentido, los procesos históricos fueron abordados como demostraciones de posibilidades de cambio a lo largo de los años, y la Educación Popular como potencial herramienta para potenciar tales cambios.

La principal motivación que ha animado esta reflexión consiste en el interés por fundamentar los aportes que el Trabajo Social puede hacerle al camino de quienes apuestan y proponen alternativas de desarrollo alineadas con las necesidades, los intereses y deseos del pueblo. En ese sentido, a partir de la dimensión investigativa profesional, y siguiendo la postura de esta producción escrita, se entiende que solo a partir del diálogo con los sujetos que vivencian la realidad que se pretende transformar en conjunto, en articulación con conocimiento científico, se construyen herramientas efectivas para llevar a cabo procesos contrahegemónicos y tendientes al fortalecimiento de aquellos sectores históricamente relegados.

Ahora bien, no se puede perder de vista que el contexto de avance de corrientes de corte neoliberal en la región representa una fuerte amenaza a los regímenes democráticos y las conquistas hacia la defensa de la libertad, la democracia y

los derechos humanos. A su vez, estos son tiempos en que priman las políticas de individuación, con marcada tendencia a la atomización de las sociedades, creando individuos responsables por su propia existencia y reemplazando la participación social por la lógica de competencia.

Estos procesos de agudización de las contradicciones sociales y políticas significan un obstáculo para el ejercicio profesional, en tanto desestiman los proyectos colectivos contrahegemónicos; pero representan, al mismo tiempo, un enorme desafío de aportar a proyectos históricos alternativos y utópicos, que se direccionen a transformar las relaciones de dominación y explotación predominantes.

Asimismo, es fundamental tener presente la tendencia a la mercantilización de la vida (Netto, 1996), para poder desplegar estrategias que superen dicha lógica, concibiendo las organizaciones sociales como productoras de cultura y subjetividad.

Como postula Rebellato,

En la actualidad, un desafío central de todo proyecto emancipador radica en la articulación entre antagonismos de clases y luchas de los movimientos sociales. La explotación es una categoría que sigue vigente, junto con la categoría de dominación; a ambas se agrega la categoría de la exclusión (2009, p. 126).

En ese sentido, se ha considerado que los aportes de la Educación Popular para conocer el mundo desde la óptica de los sectores populares guardan total vigencia en tanto marco conceptual, epistemológico y ético-político, para pensar críticamente la práctica profesional. Al respecto, cabe preguntarse: ¿Qué tipo de profesionales estará formando la Universidad? Esto comprende problematizar el grado en que tanto la dimensión pedagógica como la Educación Popular están presentes en la formación universitaria. Si reflexionamos acerca de la mirada creativa y el aliento a pensar la intervención desde una perspectiva transformadora, sería injusto plantear que estas tienen un lugar destacado en la formación y, por ende, en la práctica. Se sugiere que la teoría crítica puede y debe estar más presente a lo

largo de los años de transcurso universitario, en el entendido de que es el modo de aportar a trabajadores sociales que tomen distancia de prácticas heterónomas en las lógicas institucionales hoy preponderantes en el ejercicio profesional.

En este trabajo se defiende la idea de que, en tiempos de constante cambio, la brújula debe apuntar a habilitar procesos de reflexión colectiva que contribuyan a mejorar los niveles de comprensión de los sujetos sobre su propia realidad, fomentar la reflexión para la transformación, sin perder de vista la perspectiva histórica de los procesos macrosociales que atraviesan y condicionan la realidad concreta de los sujetos. Estas cuestiones no pretenden ser solo palabras, sino que envuelven un profundo compromiso con la utopía como horizonte y la revolución como camino.

Puede surgir así la definición de transformar como construcción, como proceso dialógico y formativo que atraviesa a las personas y sus vivencias cotidianas, a partir del cual surge una creación política y social, un poder de los de abajo, unas nuevas relaciones. Ese proceso requiere una pedagogía crítica y social, que ofrezca alternativas a las formas de comprender el mundo y la realidad, su historia, sus implicancias, sus límites y posibilidades, en un constante desafío de no dejar de creer en lo imposible.

En lo que al Trabajo Social le compete del tema, la búsqueda de tomar posición por procesos transformadores implica asumir un constante esfuerzo creativo de construcción de nuevas prácticas y formas de actuar que se correlacionen con las nuevas demandas en un mismo sentido. La Educación Popular ha demostrado iluminar un campo de oportunidades para la reflexión colectiva y el aprendizaje conjunto, que por su propia naturaleza se encuentra en constante revisión y reconstrucción, sentando en esa inquietud las bases para sostener procesos políticos alternativos que ponderen el poder popular y la participación popular. No se puede dejar de lado que dichos procesos están cargados de dificultades, marcadas por la propia realidad que se pretende modificar, sin embargo, no deja de ser fundamental considerar la posi-

bilidad de cambiar esas estructuras opresoras. Ahora bien, este cambio debe llevar la marca de la gente, no puede ser ajeno a los sectores populares ni puede ser apropiado por los intelectuales; se busca el avance de un proyecto societario del movimiento popular que no puede estar desligado de su protagonismo y sus propios intereses.

Este trabajo se encuentra atravesado en su totalidad por el sentido de una ética transformadora, que implica un total compromiso con el cambio social desde los sectores subalternos de la sociedad, rompiendo la hegemonía actual y promoviendo el desarrollo y el fortalecimiento de grupos y organizaciones populares. Se destaca asimismo la necesidad intrínseca del compromiso profesional con determinados valores fundamentales, como el reconocimiento del pueblo en tanto gestor de su historia, dándole voz a aquellos que la historia ha escondido y silenciado.

En definitiva, se trata de transformar las relaciones de explotación y dominación predominantes y, en consecuencia, transformar las condiciones de vida de los oprimidos por dichas relaciones; un compromiso tan esencial como la transformación que se promueve.

Referencias bibliográficas

- Acosta, L. (2016). El proceso de renovación del Trabajo Social en Uruguay. *Fronteras*, 9: 29-45.
- ADASU. (2001). Código de ética profesional del Servicio Social y/o Trabajo Social en el Uruguay. ADASU.
- Aquín, N. C. (2005). Pensando en la dimensión ético-política del trabajo social. *Revista Trabajo Social*, 1: 71-83.
- Barroco, Ma. L. (2003). Los fundamentos socio históricos de la ética. En E. Borgianni, Y. Guerra y C. Montañó (eds.). *Servicio social crítico: hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*. pp. 223-247. Cortez Editora.
- Bermúdez-Peña, C. (2008). La dimensión pedagógica de la intervención del Trabajo Social. *Prospectiva. Revista de Trabajo Social e intervención social*, 13: 21-40.

- Casas, A.; Machado, G.; González, L.; Brenes, A.; Burgueño, M. y Rocco, B. (mayo de 2011). Ausencias y compromisos en debate: Notas sobre Sujetos colectivos y Trabajo Social, XI Congreso Nacional de Trabajo Social, Montevideo.
- Claramunt, A. (2009). El Trabajo Social y sus múltiples dimensiones: hacia la definición de una cartografía de la profesión en la actualidad. *Fronteras*, 5: 91-104.
- Di Matteo, A. J., Michi, N. y Vila, D. (2012). Recuperar y recrear. Una mirada sobre algunos debates en la Educación Popular. *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 2 (3): 83-96.
- Falero, A. (2019). Formas de dominación y conflictos en trabajo y territorio: una introducción a la situación contemporánea en América Latina. En Alejandro Casas (coord.), *Cuaderno de Investigaciones, 2. Sujetos colectivos populares, mundo del trabajo y territorios: estudios en el Uruguay progresista*. Área académica Deliberación. DTS-FCS-CSIC.
- Freire, P. (1976). *Educación y cambio*. Ediciones Búsqueda.
- Gianna, S. (2011). Vida cotidiana y Trabajo Social: límites y posibilidades en la construcción de estrategias de intervención profesional. *Revista Cátedra Paralela*, 8: 48-68.
- Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel. Tomo 4*. Ediciones Era.
- Gramsci, A. (2000) *Cuadernos de la cárcel. Tomo 6*. Ediciones Era.
- Grassi, E. (2011). La producción en investigación y la actitud investigativa en el Trabajo Social. *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 1: 128-139.
- Iamamoto, M. (2003). *El Servicio Social en la contemporaneidad, trabajo y formación profesional*. Cortez Editora.
- Lima, T. C. S. D. (2006). As ações sócio-educativas e o projeto ético-político do Serviço Social: tendências da produção bibliográfica. Dissertação Mestrado em Serviço Social. Programa de Pós-graduação em Serviço Social, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis.
- Mallardi, M. (2014). La intervención en Trabajo Social: mediaciones entre las estrategias y elementos tácticos operativos en el ejercicio profesional. En: M. Mallardi (comp.). *Procesos de intervención en Trabajo Social: contribuciones al ejercicio profesional crítico*. Colegio de Trabajadores Sociales de la Provincia de Buenos Aires.
- Montaño, C. (2004). Hacia la construcción del proyecto ético-político profesional crítico. Ponencia presentada en el XVIII Seminario Latinoamericano de Escuelas de Trabajo Social.
- Netto, J. P. (1996). Transformações societárias e Serviço Social. Notas para uma análise prospectiva da profissão no Brasil. *Serviço Social e Sociedade*, 50.
- Netto, J. P. (2003). La construcción del proyecto ético-político del Servicio Social frente a la crisis contemporánea. En E. Borgianni, Y. Guerra y C. Montaño (orgs.). *Serviço Social Crítico*, pp. 181-204. Cortez Editora.
- Núñez Hurtado, C. (2004). El rol del coordinador, promotor y/o educador. *Pedagogía de la Resistencia. Cuadernos de Educación Popular*. Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo. América libre. Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Quiroga, C. (1991). *Invasão positivista no marxismo: manifestações no ensino da metodologia no Serviço Social*. Cortez Editora.
- Rebellato, J. L. (1989). Ética y práctica social. EPPAL.
- Rebellato, J. L. (2009). *Intelectual radical*. Extensión Udelar-EPPAL-Nordan.
- Sarachu, G. (2017). Aproximación al análisis de las necesidades humanas, los procesos de colectivización y las formas sociales de satisfacción.
- Ubilla, P. (1996). *Abriendo puertas: en los procesos pedagógicos, políticos y organizativos*. EPPAL.
- Zibechi, R. (2019). *Descolonizar el pensamiento crítico y las prácticas emancipatorias*. Alter Ediciones.
- Ziccardi, A. (2001). Las ciudades y la cuestión social. En A. Ziccardi (comp.), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina*, pp. 85-125. CLACSO.